

Crisis en los Oratorios (1848-1855)

Posiblemente la palabra “crisis” sea una de las más pronunciadas en los últimos años en los medios de comunicación. Pero la palabra “crisis” no es un invento nuevo. Ya para los antiguos griegos quería expresar el momento decisivo de decidir por un camino o por otro, de dos dados.

Y en una tesitura así se va a encontrar Don Bosco en los años en que nos encontramos, finales de los 40 e inicios de los 50 de su siglo.

En este momento, ya cuenta con tres Oratorios repartidos por la ciudad: el de san Francisco de Sales, fundado por él mismo en Valdocco. Era el más importante, dirigido personalmente por él mismo; el que contaba con mejor equipo humano y el mejor gestionado, no cabe duda. Otro oratorio era el de San Luis Gonzaga, al sur de Borgo San Salvario, animado por un grupo de sacerdotes celosos y seglares muy motivados. Y en tercer lugar, el del Santo Ángel, en Vanchiglia, asumido por Don Bosco una vez que su fundador, don Cocchi, lo hubo de dejar.

En general, se puede decir que “los sacerdotes y seglares que estaban entregados al trabajo con los jóvenes en peligro eran muy numerosos. Los Oratorios contaban con un director y un número suficiente de catequistas, tanto sacerdotes como seglares, algunos muy jóvenes, que asistían a los muchachos y supervisaban las actividades. El personal directivo de los Oratorios, en particular, formaba una especie de asociación informal de hombres y mujeres, unidos básicamente por el mismo deseo de ayudar a los jóvenes” (Arthur Lenti). Más adelante prosigue este mismo autor: “Don Bosco, desde el principio, concibió la obra del Oratorio como un trabajo en colaboración, emprendido y llevado a cabo por una conjunción variable de fuerzas [...] una asociación de gente voluntaria comprometida que dedicara su persona y sus recursos (a diverso nivel) a la obra de los Oratorios. Es en este sentido en el que Don Bosco hablaría más tarde de la Sociedad Salesiana y de las mismas Constituciones, como si existieran ya en 1841.”

La lectura que hizo Don Bosco a posteriori de los acontecimientos le hizo convencerse de que el germen de la Congregación salesiana fue ya aquella asociación de personas sin vínculos jurídicos o canónicos de ningún tipo, sólo su deseo de hacer el bien a los jóvenes. Y reclamó para sí la potestad de ser el único director espiritual de los tres Oratorios, declaración que consiguió de monseñor Franson en 1852, e incluso el reconocimiento como “superior” de la “Congregación de los Oratorios”.

Éste es el detonante que hace saltar la mecha. Porque donde hay personas surgen los problemas. Es ley de vida. Y no todo era paz bajo la aparente buena sintonía y el bienquerer de tantos colaboradores hacia los jóvenes. Los tres Oratorios, aunque semejantes, diferían en sus acentos. A. Castellani apunta el hecho de que Valdocco sobresalía por su naturaleza religiosa y espiritual, mientras que el Ángel de la Guarda casi parecía un cuartel, por el acento tan acusado que tenían los ejercicios de entrenamiento militar y la gimnasia. También el posicionamiento político iba socavando las relaciones entre los responsables de los Oratorios y acentuando sus diferencias: Don Bosco, aparentemente neutral en lo político, sin embargo se iba inclinando hacia posturas cercanas al nuevo papa, al arzobispo y a don Cafasso. Don Pedro Ponte y Don Cocchi, sin embargo, eran más afines al sector de los “curas patriotas”, a favor de la unificación italiana.

Don Pedro Ponte, director del Oratorio de San Luis, va a ser precisamente uno de los protagonistas de la primera crisis. Todas las alarmas saltaron en 1851, al parecer por la solicitud de unidad de dirección requerida por Don Bosco. Don Cafasso convocó una reunión, en la que “Don Bosco se mostró dispuesto a concesiones, sin tener que renunciar a la autoridad que le correspondía por derecho”. Se sugirió que Don Ponte acompañara a la marquesa Barolo en un viaje a Roma, como capellán personal, y se alejara temporalmente de Turín. Durante el viaje, sin embargo, el sacerdote siguió insistiendo en sus reclamaciones. Al parecer, al rechazo de Don Bosco como director único se sumaban las críticas por el diverso trato que las tres sedes oratorianas tenían en cuanto a la adquisición y tenencia de bienes materiales.

No era suficiente esta disensión en el seno de los sacerdotes encargados de los Oratorios, cuando surgió una nueva crisis en el propio Oratorio de San Francisco de Sales, al parecer de más profundidad. Tanto de ésta como de la anterior, Don Bosco guarda silencio. Las conocemos, en concreto, por otros documentos, como un largo informe de 46 páginas escrito en 1888 por José Brosio, uno de los primeros catequistas y ayudantes de Don Bosco. Dicho informe “menciona una ‘conspiración’ para arruinar el Oratorio de san Francisco de Sales, haciendo que los colaboradores de Don Bosco lo abandonaran”.

En concreto, la primera parte del informe describe los esfuerzos para alejar de Don Bosco a sus colaboradores “por parte de una coalición de seculares y sacerdotes que intentaron atraerlos con sobornos de comidas, dinero y diversiones”.

Prosigue Lenti: “La segunda parte habla de una reunión para acusar a Don Bosco de difamar al personal del Oratorio en una circular de la rifa de 1851-1852”, que pretendía recabar fondos para la construcción de la nueva iglesia de San Francisco de Sales. Y concluye lacónicamente: “Hubo enfrentamientos”. Es digno de leer el testimonio de Brosio que, escrito tantos años después, rezuma la frescura de quien sufrió como testigo privilegiado de los acontecimientos.

Las crisis se saldaron con una fractura notable en el seno del Oratorio de San Francisco de Sales. Muchos catequistas, poco valorados en Valdocco, se fueron al recién inaugurado (1852) Oratorio de San Martín, junto a don Cocchi, quien no está libre de sospechas en la conspiración. Algunos, leales a Don Bosco, como Carlos Gastini, intentaron dividir su tiempo entre los dos Oratorios, una solución aceptada de manera provisional. Después se vio inasumible. Gastini, en concreto, ‘fundador’ de los antiguos alumnos, volvió con Don Bosco.

En cualquier caso, esta experiencia obligó a Don Bosco a repensar su forma de dirigir el Oratorio, y de constituir un grupo de nuevos catequistas que le ayudaran en la tarea. No tenía de donde recurrir sino de los propios oratorianos. De los mejores trabajó con quienes, pocos años más tarde, llegarán a ser los “jóvenes padres fundadores” de la Congregación salesiana: Miguel Rúa, Juan Cagliero, José Buzzetti... Así sus nombres quedarán para la historia.

Fuente: <http://rumboal2015.wordpress.com/>